

CAPITULO XXXI.

Abdelmelik, hijo de Almanzor, sucede á su padre en el gobierno del Califato.—Campanas contra los soberanos cristianos.—Muerte de Abdelmelik.—Triunfo de las huestes cristianas en Gebal Quintos.—Califatos de Mohamed y Suleiman.—Nuevo Califato de Hixem.

LA hora fatal de la disolucion de aquel inmenso imperio cordobés habia llegado con la muerte del famoso Almanzor.

Las ambiciones largo tiempo enfiadas brotaron por todas partes y males sin cuento presagiábanse para la raza de los omniadas.

El popular instinto preveía su desventura, y este presentimiento hizo que fuese mas sentida la muerte del valiente caudillo musulman.

La sultana Sobheya, que sobrevivió aun cuando por poco tiempo á su favorito, confirió el poder de este á su hijo Abdelmelik Almudaffar, mas el nuevo Hágib ó primer ministro ni fue tan afortunado como su padre ni pudo por largo tiempo como aquel disfrutar su soberanía.

El rey niño D. Alfonso V de Leon continuaba en la tutela de su madre D. Elvira y de los condes de Galicia, Menendo Gonzalez y su esposa, y Abdelmelik siguiendo el mismo plan de campaña de su padre hacia cada año sus dos incursiones por los dominios cristianos alcanzando una victoria cerca de Lérida, en 1003, y entrando en el otoño del mismo año en Leon arrasando y destruyendo, segun los historiadores árabes, cuanto su padre dejó en pié en los años anteriores.

El arzobispo D. Rodrigo haciéndose cargo de esta expedición está en completa discordancia con los autores árabes, siendo estas contradicciones tan frecuentes que, como dice Lafuente, «no es «ya fácil apurar de parte de quien está la verdad.»

Lo cierto es que por este tiempo se ajustó una tregua entre los musulmanes y los leoneses, tregua solicitada por estos, y apoyada eficazmente por Abdallah-ben-Abdelaziz, wali de Toledo, que prendado de una hermana del rey D. Alfonso, llamada Teresa y á la cual tenia cautiva, pidióselo por esposa á su hermano y este accedió á condición de que alcanzase la paz con Abdelmelik.

Refiere la crónica que la noche de bodas, la recién casada Teresa, que contra su voluntad se enlazara con el musulman le dijo:—«Guárdate de tocarme porque eres príncipe pagano, y si lo hicieres el Angel del Señor te herirá de muerte.—El wali no hizo caso de semejante advertencia, pero á poco enfermó y su última disposición fue que se devolviese la poco feliz esposa á su hermano, lo que así se ejecutó, profesando despues Teresa en un convento de Oviedo donde falleció en 1039.

Cuando espiró la tregua en 1007, Abdelmelik penetrando por las tierras de Leon, se apoderó de Avila y otras fortalezas que los cristianos habian ido reparando, y desmantelándolas de nuevo regresó á Córdoba á preparar su expedición para la próxima primavera, la cual se dirigió contra Galicia.

Esta fue su última campaña. Peleó valientemente con los cristianos, que á su vez se batieron tambien con arrojo, causándole graves pérdidas y de regreso á Córdoba cayó enfermo y falleció en el mes de Safar, año de la egira, 399 ó sea en octubre de 1008.

Habiale precedido tiempo antes la sultana Sobheya, y el Califa continuaba en su encantadora residencia de Zahara entregado á los placeres y sin cuidarse para nada de los asuntos del gobierno, y Abderrahman, hijo segundo del Almanzor, recogió la herencia de su padre y de su hermano.

Mas desgraciadamente no habia heredado las brillantes cualidades de ambos, y especialmente de su padre á quien se parecia extremadamente en la parte física.

Su ambicion era extremada y al verse en aquel elevado puesto, cegóse por completo, y tomando ya el título de Al-Nasir-Ledin-Allah, trató de que el imbécil Hixem le nombrase wali alhadi ó sucesor del imperio, puesto que no tenia sucesion.

Esto indignó á los parientes del monarca, miembros todos de la ilustre familia omniada y Mohamed, biznieto de Abderrahman III, reunió gran número de parientes agrupando junto á sí á los defensores y adictos de su raza y al frente de ellos se dirigió sobre Córdoba.

Abderrahman apenas supo la aproximacion de su contrario, le salió al encuentro, pero Mohamed supo burlarle, y por medio de una hábil maniobra penetró en Córdoba, apoderóse del Califa y de la guardia que le defendia, y cuando Abderrahman penetró á su vez en la capital, confiado en el auxilio del pueblo, se encontró con que este le faltaba y cayó en manos de su enemigo que se apoderó de todos sus bienes, mandando poner su cabeza clavada en un palo.

En virtud del derecho del mas fuerte, apoderóse Mohamed del poder, confió á sus amigos los principales destinos, y por instigacion del slavo Wahda, cambió la pena de muerte que pensaba imponer á Hixem para usurparle el trono, por encerrarle en una estrecha prision y hacer creer al pueblo que habia muerto.

La víctima de este drama fue un cristiano que habia en Córdoba, y que por su desdicha se parecia extraordinariamente al Califa.

Ahogósele sigilosamente, púsosele en el lecho de Hixem y se le hicieron funerales como si hubiese sido aquel.

Reuniéronse inmediatamente los wazires y walies y quedó nombrado el hágib Mohamed, sucesor del imbécil hijo de Alhakem.

No disfrutó por mucho tiempo su elevado puesto, los soldados

africanos á quienes el pueblo no queria, y de los cuales el Califa trató de deshacerse, subleváronsele, y despues de dos dias de sangrienta lucha los arrojó de Córdoba tirándoles por el muro la cabeza de su caudillo, que habia caido en su poder.

Irritados doblemente semejante hecho y Suleiman-ben-Alhakem, primo del muerto y jefe que se nombraron los africanos, juró vengarse, para cuyo efecto solicitó el apoyo del conde de Castilla, Sancho Garcia, y las lanzas castellanas unidas á los soldados africanos de Suleiman, penetraron en los dominios del Califa.

Salió este á contrarestarlos mas hizo con tan mala suerte que en Gebal Quintos quedó derrotada su hueste, y él tuvo que buscar refugio en Toledo, de donde era wali su hijo Obeidallah.

Cerca de un mes transcurrió hasta que Suleiman se decidió por penetrar en Córdoba á tomar posesion del Califato, que ya este se habia hecho patrimonio del mas audaz, ó mas afortunado soldado, y no pasó mucho tiempo sin que á su vez fuera arrojado del lugar que ocupaba, por el mismo Mohamed.

Así como Suleiman acudiera á pedir ayuda al Conde de Castilla, aquel fue á demandarla á Ramon Borrell, conde de Barcelona, y á su hermano Armengol que lo era de Urgel, y ambos al frente de sus huestes, en cuyas primeras filas estaban los obispos de Barcelona, Gerona y Vich, presentáronse con los soldados de Mohamed, frente á las legiones berberiscas y zenetas de Suleiman en los campos de Akbatalbanear.

Temible fue el encuentro. Los africanos desordenaron ante su récio empuje á los moros andaluces, mas los bravos soldados catalanes á su vez lanzándose á la pelea sembraron el espanto y la confusion entre los berberiscos, y tan sangrienta fue la batalla y tan señalado el triunfo de los aliados que en las crónicas árabes se da á este año la denominacion de año de los francos, que así era como llamaban á los catalanes.

En este terrible combate sucumbieron el valeroso conde de Urgel, y los prelados á quienes su excesivo zelo por la Religion llevó á participar de los azares y riesgos de la batalla.

Suleiman y los restos de sus tropas saquearon el suntuoso palacio de Zahara, y se retiró á Algeciras para pedir auxilios á Africa. Pero Mohamed á pesar de su victoria no pudo encontrar en Córdoba la tranquilidad que apetecia.

Habíase ya despertado el espíritu turbulento y sedicioso entre los magnates de su corte, y las conspiraciones sucedian á las conspiraciones, los walies de las provincias, que aspiraban ya á erigirse en independientes, se hacian sordos á su llamamiento, y sus auxiliares catalanes habíanse retirado á su país.

Al mismo tiempo una epidemia espantosa estaba cebándose en la poblacion cordobesa. Mohamed no sabia á quien recurrir ni que partido tomar, cuando el slavo Wahda, de quien ya hemos hablado, corrió á la prision en que yacia Hixem, sacóle de ella, y le presentó al pueblo en la maksura ó tribuna de la gran mezquita.

Fácil es de comprender la sorpresa que produciria semejante acontecimiento. El pueblo aclamó entusiasmado al Califa á quien creia muerto, y Mohamed, descubierto por el slavo, fue presentado á Hixem quien le dijo:—«Ahora probarás el fruto amargo de «tu desmesurada ambicion»—é inmediatamente mandó que le cortasen la cabeza, y que un wazir la paseara por todas las calles de la ciudad enviándosela despues á Suleiman para demostrarle como castigaba á los que atentaban á su poder.

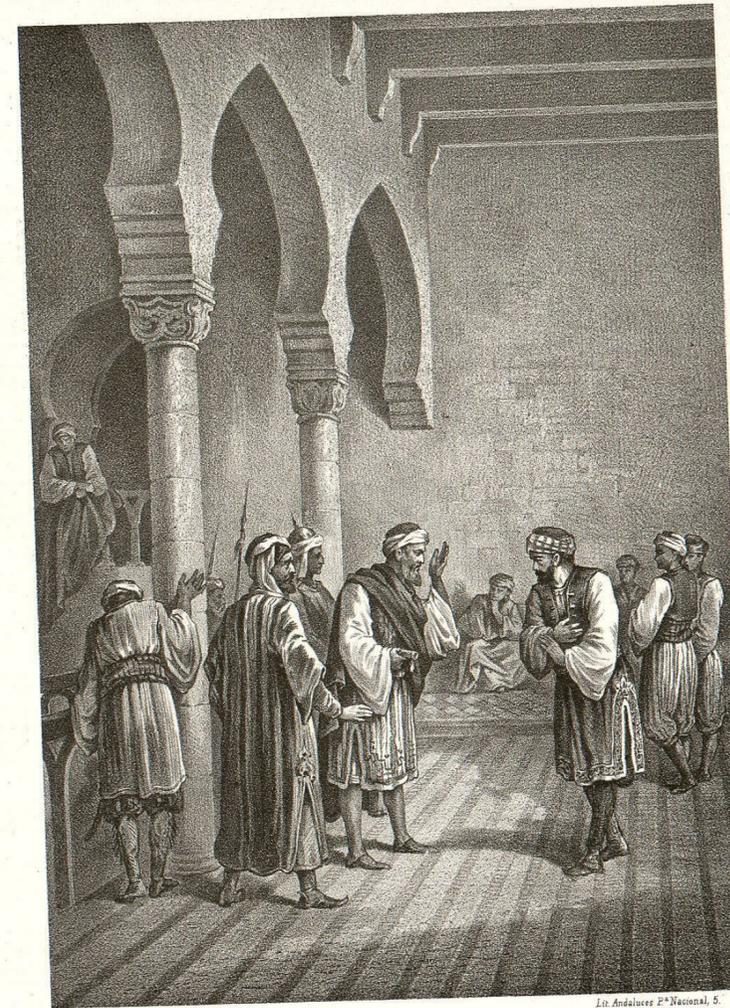
El jefe de las tropas africanas, que solo deseaba auxiliares para combatir á Hixem, envió el sangriento presente con diez mil mitcales de oro á Obeidallah, hijo del muerto, con un mensaje concebido en estos términos: «Mira la cabeza de tu padre Mohamed, «casí recompensa el emir Hixem á los que le sirven y le restituye el «imperio: guárdate de caer en manos de este ingrato y cruel tirano: «si buscas seguridad y venganza Suleiman será tu compañero.»

Inútil es decir que Obeidallah acogió con efusion aquella oferta, y los antiguos enemigos se unieron para combatir al que lo era de ambos. Hicieronle proposiciones al conde de Castilla para que les ayudase en la empresa que meditaban, pues por experiencia sabian lo que valian las lanzas castellanas, y al mismo tiempo y en el mismo sentido hacíaseles Wahda, en nombre de Hixem.

El conde Sancho Garcia, solicitado por ambos, y procurando sacar el mejor partido puesto que le convenia que sus enemigos se destruyeran entre sí, puso en licitacion su apoyo, y aquel que mas le ofreció, pudo llevarle á su lado. Este fue Hixem. Sus soldados al mando de Wahda, unidos á los castellanos, encontráronse en Maqueda con las huestes de Obeidallah, y destrozándolas por completo cogieron prisionero á su caudillo y varios de sus oficiales, y los enviaron á Toledo en donde el Califa tratando de vengar su larga tutela y su aislamiento, mandó dar muerte á Obeidallah cuyo cuerpo fue arrojado al rio.

Wahda dejó encomendado el gobierno de Toledo á Abu-Ismael-Dilum, y despues de haber hecho entrega á Sancho Garcia de algunas de las fortalezas ofrecidas, (1) regresó á Córdoba.

(1) Parece que estas eran siete, pero las crónicas solo mencionan que se les entregaron cuatro, y fueron: San Esteban, Coruña del conde, Osma y Gormaz, y algunas otras casas en Extremadura.



HIXEM RECHAZA LA CORONA QUE LE OFRECEN LOS ENVIADOS DEL DIVAN.

Riera Editor, Barcelona Robador, 24 y 26.

CAPITULO XXXII.

Terminación definitiva del califato de Hixem. — Suleiman se apodera nuevamente del trono. — Su muerte. — Ali-ben-Hamud el Edrisita. — Muere y le sucede su hermano Alkasim. — Muerte del omniada Abderrahman Almortadi. — Califatos sucesivos de Abderrahman V, Mohamed-ben-Abderrahman, Yahia-ben-Ali é Hixem-ben-Mohamed, último descendiente de los Omeyas.

En nada había mejorado la situación del imperio cordobés con la victoria obtenida por Wahda.

Los slavs y los almeríes obtenían todo el afecto y toda la confianza de Hixem, y esto como es consiguiente excitaba el disgusto de la nobleza andaluza, que consideraba como ofensivos á su clase y servicios, aquellas distinciones.

El suplicio dado á Obeidallah indignó á la mayoría del país, y unidas á esto las constantes correrías de Suleiman, que llegó á sitiar la capital, alentadas por el general disgusto y la peste que de nuevo tornó á diezmar la población, pusieron á Wahda en el caso de pedir auxilio á los walis edrisitas de Ceuta y Tánger, puesto que no podía contar con el apoyo de las demás provincias.

Las cartas que con este objeto escribió haciéndoles muchas promesas, fuese porque mudara de parecer ó porque creyese que no surtirían el efecto apetecido, guardólas en su poder, y no debió llevar muy guardado este secreto cuando sus enemigos se prevalieron de él y le denunciaron al Califa, diciendo que andaba en tratos con Suleiman.

Hixem olvidó al momento los servicios que le prestara Wahda, y prendiéndole, las mismas cartas de que antes hemos hecho mérito, sirvieron para aumentar el rigor con que se le trató. El Califa le condenó á muerte, nombrando para que le sucediera en el alto puesto que había desempeñado, al walf de Almería, Hairam, que también era slavo.

Hairam era tal vez la persona más á propósito para haber salvado á Hixem de la suerte que le aguardaba, «si su fortuna» — como dice Conde, — «no hubiese llegado ya al último plazo.»

Atacada la ciudad por Suleiman, el valiente walf se defendió hasta el último extremo, y no se rindió hasta que cayó herido tan gravemente, que creyéndole muerto le abandonaron.

Hixem quedó en poder de Suleiman, sin que las crónicas árabes puedan decirnos cuál fue su suerte. Desapareció tan misteriosamente como había pasado la mayor parte de su vida.

El vencedor encarnizóse en la persecución de los slavs y almeríes, á la par que recompensaba profusamente á los que le auxiliaron, reconociendo la independencia de los walis de las provincias que estuvieron de su parte, aun cuando les impuso la obligación de que le ayudasen con sus tropas cuando de ello tuviera necesidad.

Hairam pudo escaparse á favor de las sombras de la noche, refugiándose en una pobre casa, donde se le hizo la primera cura de sus heridas, y después de restablecido, marchó sobre Almería, de la cual se apoderó, dirigiéndose después á África á impetrar el auxilio de los walis de Ceuta y Algeciras para arrojar del trono al usurpador.

Como que obraban en su poder las cartas famosas que Wahda había escrito á aquellos walis y que no llegaron á su destino, según ya hemos manifestado, sirviéronle de mucho en aquella ocasión, pues en ellas se ofrecía á Ali-ben-Hamud nombrarle sucesor de Hixem.

El walf de Ceuta desembarcó en Málaga al frente de numerosas fuerzas, y después de haber derrotado en dos batallas á Suleiman penetró en Córdoba y apoderóse de Suleiman, de su hermano Abderrahman y de su padre, é hizoles espiar con la vida, la muerte que se supuso dieron á Hixem.

Proclamóse califa Ali-ben-Hamud, bajo los no pocos títulos de Motuakil Billah (el que confía en Dios), y Nassir Ledin Allah (defensor de la ley de Dios), mas duróle bien poco su elevación.

Reclamó la fidelidad de los walis de las provincias, y estos en vez de hacerlo así, concertáronse y proclamaron Califa al omniada Abderrahman-ben-Mohamed, llamado Almortadi, hombre honrado y rico, que tomó el nombre de Abderrahman IV.

Preparóse Ali para marchar á su encuentro, mas el día en que había de verificar su salida de Córdoba, los mismos slavs sus servidores le ahogaron en un baño, atribuyendo su muerte á un accidente desgraciado y puramente casual.

Sin embargo, esta muerte en nada fue beneficiosa á Abderrahman; el partido africano, sin darse por vencido, dió por sucesor en el califato á Ali, á su hermano Alkasim, quien obrando con una crueldad terrible se hizo odioso y aborrecible hasta á sus mismos amigos.

La guerra civil devastaba los dominios musulmanes, y Yahia, hijo de Ali, que se encontraba en Ceuta, vino á España al frente de una belicosa tribu de negros del desierto de Sus y avanzó hasta Málaga, de la cual se apoderó.

Alkasim, que temía que semejante contratiempo le distrajera favoreciendo la causa de Abderrahman, propúsole una avenencia por la cual se dividieron el poder, quedando Yahia en Córdoba mientras él se dirigía contra el príncipe Omniada.

Yahia, aprovechándose de la ausencia de su tío, que pasó á Ceuta á sepultar los restos de su hermano, hizo proclamar Califa único; mas cuando enterado Alkasim dirigióse sobre Córdoba, no tuvo valor para esperarle y abandonó la ciudad.

Poco después Alkasim cayó del poder por efecto de una sublevación popular excitada por su misma conducta, y si salvó su vida

fue merced al auxilio de algunos caballeros que le escoltaron hasta Jerez.

Precisamente en aquellos momentos Abderrahman sucumbía también por una traición, que al decir de los historiadores árabes, hicieron sus principales favorecedores Hairam y Almondhir, walf de Zaragoza.

Convenciéronse estos de que Abderrahman no se dejaba dominar por sus influencias, que en vez de ser ellos los verdaderos dueños quería serlo aquel, y concertáronse para abandonarle en lo más recio de una batalla, para cuyo efecto escribieron á Zawi-ben-Zeri, walf de Granada y partidario de Alkasim, á fin de que le atacase sin miedo, que ellos le abandonarían.

Hízolo así el berberisco, y según refieren las crónicas musulmanas, fue tal la matanza que los soldados del walf de Granada hicieron en los moros andaluces de Abderrahman, que jamás pudieron ya rehacerse.

Abderrahman sucumbió con todos sus caballeros, y semejante noticia llenó de desconsuelo á los cordobeses, afectos extraordinariamente á la familia de los Omeyas.

Sin perder tiempo, y temerosos de verse otra vez envueltos en los horrores por que habían atravesado, apresuráronse á proclamar á un biznieto de Abderrahman III, bajo el título de Abderrahman V, joven dotado de grandes prendas, que desde los primeros momentos demostró, tratando de corregir los abusos y la relajación de costumbres, sujetando á una severa disciplina á las guardias africanas, andaluzas y slavas.

Esto fue lo que le perdió. Cuando los pueblos llegan á semejantes extremos son indóciles á la mano que trata de corregirlos. Su primo Mohamed-ben-Abderrahman se puso al frente de una sedición, é invadiendo los tumultuosos el alcázar, asesinaron al califa á pesar de la resistencia que opuso, y Mohamed quedó en su lugar.

Como quiera que ninguno de estos califas hizo nada de provecho durante sus breves reinados, como solo el asesinato, la violencia ó la traición esmaltan esas postreras páginas de aquella brillante historia de los califas en sus primeros tiempos, apenas debemos detenernos en ellas, y únicamente por seguir el orden cronológico nos hacemos cargo de tan desastrosos como efímeros reinados.

Mohamed quiso ganarse el afecto de la guardia africana á fuerza de halagos y dádivas sin pensar que los tesoros que con ella derrochaba salían de los impuestos con que los pueblos estaban gravados.

A imitación del soberano, los walis saqueaban á sus desdichados súbditos, y cuando los impuestos se agotaron, cuando las nuevas derramas no produjeron lo que se necesitaba para aquellos despilfarros, el pueblo y la soldadesca se amotinaron, y el que por la sedición subió á ocupar un trono tan ensangrentado ya, descendió de él por la misma causa, pudiendo refugiarse en Zahara, donde murió poco después envenenado.

Yahia-ben-Ali, el Edrisita á quien ya hemos visto ocupar el califato, poseía el emirato de Málaga, y cúpole á su vez recoger la desdichada herencia de Mohamed. Su primer paso fue escribir á los walis de las provincias para que fuésen á reconocerle y jurarle; pero empeño inútil, ninguno lo hizo, y Yahia, deseoso de castigar semejante insubordinación dirigióse con algunas tropas contra el walf de Sevilla, llamado Mohamed-ben-Abed, llamado también Abu-al-Kasim.

Preparóse este, dispuso una emboscada, y la hueste del Califa cayó en ella quedando desbaratada y muerto Yahia en el mismo campo de batalla.

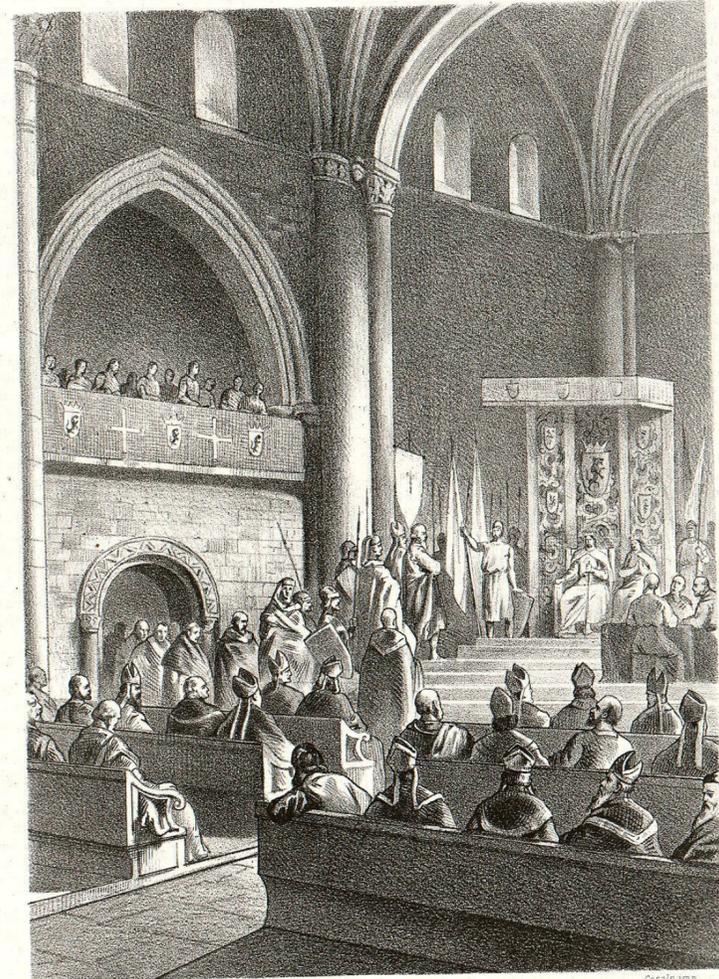
Natural parecía, siguiendo ya la observada costumbre que Mohamed se dirigiese á Córdoba á tomar posesión del trono, mas lejos de esto regresó á la capital de sus estados sin cuidarse para nada del puesto que dejara libre su adversario.

Otro biznieto de Abderrahman, llamado Hixem-ben-Mohamed y hermano de Abderrahman IV, Almortadi, fue proclamado Califa por influencias del walf Gehwar, y fueron necesarias muchas instancias para que aceptase el cargo que se le ofrecía.

Hallábase en Alponte (tal vez Alpuente), cuando fuéron á encontrarle los enviados del divan, á quienes manifestó la repugnancia que tenía en dejar la tranquila existencia que llevaba; pero fueron tantas las súplicas, que no tuvo mas remedio que ceder.

Los cristianos, que á pesar de sus diferencias habían sacado algún partido de las discordias de los musulmanes, viéronse atacados por Hixem, que desde los primeros momentos anunció sus bélicas disposiciones. Dió vida á la institución de los *zabitt* ó monjes guerreros dedicados á defender las fronteras, creyendo muchos, que de estos nacieron las Ordenes militares de los cristianos.

Pero como los enemigos los tenía en su misma casa, los walis se le sublevaron, procuró transigir con ellos, suplo el pueblo y se amotinó pidiendo su deposición, y al escuchar el Califa sus gritos, exclamó: «Gracias sean dadas á Dios, que así lo quiere,» y salió de Córdoba con su familia buscando un asilo cerca de Lérida, donde murió tranquilamente en 1037. Así concluyó la dinastía omniada que empezó el año 138 de la egira con Abderrahman-ben-Moawia, y terminó con Hixem-al-Motadi en 422 (756 á 1031).



CONCILIO CELEBRADO EN LEON POR D. ALFONSO V.

Riera Pintor: Barcelona, Robador, 24 y 26.